



María Eugenia De Cicco | Fotos de Alex Zimmermann

La eterna anfitriona

Eximia cocinera y amante de las plantas, la baronesa Ruth von Ellrichshausen, antigua propietaria del Hotel El Casco, supo imprimir a su mítico establecimiento sofisticación y buen gusto.

Apenas pasadas las seis de la tarde, llegué a la Residencia Privada. En el hall de entrada, Mirta -quien cuida a Ruth y vive con ella-, recibió mi abrigo y me acompañó hasta la sala. Allí estaba Ruth, impecable con sus ochenta y nueve años, sentada en su sillón junto al hogar, esperándome con Earl grey con un toque de té negro ahumado y strudel de manzanas y amapolas, todo presentado en exquisita porcelana. Sobre la mesa había un ejemplar de su último libro de recetas "Comidas con amor y chispa para dos", que más tarde me regalaría. Una enorme biblioteca colmada de libros; muebles antiguos y las paredes colmadas con los retratos de los antepasados de su esposo, el barón Alfred von Ellrichshausen, completaban la escena.

A pesar del paso del tiempo, Ruth no ha perdido su fama de buena anfitriona y ese toque *chic* que caracterizó su trato con los huéspedes de El Casco, establecimiento de lujo que dirigió junto a su marido desde 1970 hasta su cierre en 1990 y que dio fama internacional a Bariloche. Lo mejor de su cocina y la historia de su hotel -como hoy prefiere recordarlo- han quedado registrados en siete libros de su autoría, donde revela sus mejores secretos culinarios y un nutrido anecdotario, antes, durante y después de El Casco. Prácticamente, ya no sale de su casa porque le cuesta mucho caminar. "Me duelen mucho los pies", dice, mientras sacude los brazos y los hace temblar, sugiriendo que "es la edad". Pero enseguida aclara, señalándose la cabeza: "Éste todavía funciona muy



bien". Más allá de algunas dolencias, Ruth asegura que "aún disfruta de la vida". Hoy, su mayor afición es la lectura, a la cual dedica buena parte de sus horas.

Cerca de las fiestas, su casa se vuelve el epicentro familiar, con la visita de sus hijas, sus catorce nietos y trece bisnietos. También la frecuentan sus amigos, como Ignacio Gutiérrez Zaldívar -actual dueño de El Casco-, con quien comparte charlas sobre arte y no se priva de disfrutar de un buen whisky.

A pesar de los que muchos creen, no todos los días han sido fáciles en la vida de la baronesa von Ellrichshausen, quien conoció en carne propia los horrores de la Segunda Guerra Mundial en su Berlín natal. Tampoco fue sencillo vender El Casco, cuando los problemas económicos acuciaban al matrimonio alemán y, menos, cuando falleció su querido Alfred diez años atrás y debió acostumbrarse a vivir sola. "Yo era una mujer de antes, siempre estaba lista para él", señala.

La "damita de lujo"

Ruth nació el 25 de Diciembre de 1918 en Berlín, en el seno de una familia católica y burguesa, hija de un ingeniero y un ama de casa. De su madre recuerda que hablaba interminablemente por teléfono con sus amigas y que ofrecía en el departamento en el que vivían "pequeñas y simpáticas cenas". No hace falta indagar mucho más para darse cuenta dónde aprendió Ruth a ser buena anfitriona y cocinera. Su hermano Juan, cuatro años mayor que ella, la llamaba "nuestra damita de lujo".

Durante una fiesta en 1939, conoció a su primer marido, Bernd, arquitecto once años mayor que ella. Al poco tiempo de haberse casado, él fue reclutado por el Ejército y Ruth debió acostumbrarse a estar sola. Estaba embarazada. En su libro "El Casco y yo", recuerda el día que nació su hija, el 12 de Agosto de 1940, fecha del primer bombardeo sobre Berlín. "La ciudad estaba a oscuras. Las sirenas ululaban. Pero el milagro se produjo: Dorit vino al mundo", señala.

Dos años más tarde se mudó junto a su hija a Bitburg



a la casa de unos parientes, donde llevó una vida más tranquila en un *chateaux* cerca del bosque. Al terminar la guerra, pidió el divorcio a Bernd "porque llegó triste y pesimista" -le explicó en una larga carta- y se fue a vivir a Düsseldorf, donde el diario *Neue Illustrierte* la contrató para hacer reportajes.

Tiempo después, durante una fiesta en el castillo Lagenstein con motivo del cumpleaños del Conde Wilhem Douglas, Ruth conoció a Alfred, miembro de la aristocracia, hijo de un oficial alemán del Kaiser y de una argentina de familia acomodada. El flechazo fue mutuo e inmediato. "Al principio, era un amor romántico, delicado, pudoroso", describe.

Al poco tiempo de conocer al barón Ellrichshausen, Ruth fue enviada por el diario para el cual trabajaba a Buenos Aires para hacerles un reportaje a dos pilotos de guerra refugiados Argentina que habían sido condecorados con la Cruz de Caballeros. Desde Alemania, Alfred le envió una carta comunicándole que pronto viajaría para reunirse con ella. ¿Qué harían ambos en el nuevo país? La gran ciudad capital no les

gustaba, preferían la tranquilidad. Sin pensarlo dos veces, compraron un viejo Ford modelo 1938 y se lanzaron a recorrer el sur del país. Su viaje los trajo hasta Bariloche. Después de algunos días de búsqueda, a la altura del kilómetro 11,500 de la Avenida Bustillo, encontraron una casa de su gusto, con más de una hectárea de tierra para cultivar. Allí se instalaron y atendieron un vivero por más de quince años. Con el dinero de la herencia de Alfred, compraron el terreno que estaba en frente a su casa y que tenía costa del lago Nahuel Huapi: sería el comienzo de El Casco.

Aquellos buenos tiempos

Ruth se dedicó de lleno a la gastronomía cuando decidió transformar su antigua casa en "*Le Petit Restaurant*", exitoso y refinado emprendimiento cuya fama trascendió pronto las fronteras de Bariloche.

En 1967 surgió la idea de edificar el hotel, inmediatamente, viajaron a Europa para visitar los mejores establecimientos cinco estrellas. A su vuelta, Alfred, "arquitecto por pasión", asegura Ruth, 



comenzó a diseñar el hotel, las puertas y sillones, mientras que ella hacía lo propio con la decoración de las habitaciones. La construcción de El Casco terminó en Noviembre de 1970. Con una gran fiesta de gala, con más de setenta invitados, festejaron el año nuevo e inauguraron el hotel. En otro pasaje de su libro "El Casco y yo", la baronesa rememora el momento de la celebración, como una escena digna de la actuación de Audrey Hepburn y Cary Grant: *"Alfred me tomó del brazo y me besó largamente. "Hoy es un gran día para nosotros, nuestro sueño se ha hecho realidad"-murmuró en mi oído. Le contesté: "Te lo agradezco" y estoy orgullosa de tí". Tomados de la mano nos dirigimos a El Casco, nuestra querida ilusión. Fue una noche en el paraíso. Hermosas mujeres, hombres elegantísimos, exquisita comida, bebidas deliciosas. Bailamos hasta el amanecer".*

Durante dos décadas, Ruth y Alfred pasaron sus días ocupándose del hotel, supervisando el trabajo de sus empleados y atendiendo a los huéspedes. El rico anecdotario de El Casco incluye situaciones que van de la risa al llanto y de la sorpresa a la indignación. Desde vacas invasoras que devoraban y pisoteaban los preciosos tulipanes del jardín, hasta huéspedes -supuestamente VIP- inventando excusas irrisorias para irse sin pagar, pasando por un robo durante el cual los tomaron como rehenes y amenazaron con matarlos. Ruth también puede enumerar la larga seguidilla de asistentes, todas ellas políglotas, bellas y bien dispuestas que, ni bien conocían al dedillo su trabajo, la abandonaban para casarse, debiendo comenzar nuevamente con la tarea de buscar a una reemplazante. El hotel tampoco estuvo exento de las huelgas, y los vaivenes políticos y económicos que azotaban al país durante la transición entre la dictadura y la democracia y que, poco a poco, fueron empeorando su situación financiera.

Hoy, dieciocho años después del cierre de El Casco y a tres de la inauguración de El Casco Art Hotel, Ruth sólo atina a recordar lo que su marido le dijo cuando se desvincularon totalmente del hotel: "Tú crees que nadie te puede reemplazar. Van a manejar el Casco sin ti y seguramente lo harán bien... sólo que será diferente".

